

naturales de la rápida inclinacion del terreno; pero mas adelante cesa, por decirlo así, su trazado, y se asciende por entre las asperezas de la montaña. A los lados del camino habia entre los reducidos planos que dejaban los peñascos algunas tierras que habian estado sembradas de maiz, y cuya mies acababa de recolectarse; tambien se veian dispersadas algunas chozas habitadas por gentes que revelaban en su fisonomía sumo estado de pobreza. Conforme nos acercábamos á Laguna presentaba el campo mejor aspecto, y una vez en la planicie en que está construida la ciudad, divisábamos á su alrededor campos de trigo y maiz, y jardines en plena belleza rodeados de muros guarnecidos de emparrados y enredaderas. A la entrada de la ciudad se encuentra una gran plaza rodeada de hermosos edificios; sus calles son anchas, regulares y provistas de aceras como las de Santa Cruz, pero están casi desiertas. Sin embargo, al ruido de los caballos é impelidas por la curiosidad, asomaban la cabeza por las ventanas algunas lindas muchachas que dirigian una ojeada á nuestra estraña cabalgata. Naturalmente acertamos el paso por contemplar sus agraciados rostros á pretexto de saludar cortesmente, contestando ellas á nuestro saludo con ese tono de franca é inocente urbanidad que caracteriza las costumbres españolas.

Una parte de la ciudad, los campos vecinos y los jardines de Laguna constituian en otro tiempo un lago en que se acumulaban las aguas que bajaban de las montañas inmediatas; á causa de su altura sobre el nivel del mar disfruta de temperatura mas agradable que Santa Cruz. Sus amenos jardines prestan un encanto y una frescura al ambiente que hace muy agradable su residencia. Los campos estaban cubiertos de rastrojos, testigos mudos de la última recoleccion, y aun se veia ya comenzar las operaciones de labranza con arados tirados por bueyes de escasa corpulencia. Este espectáculo campestre tenia para nosotros vivísimo atractivo; alejados de la vista del mar y rota la uniformidad de la vida que se hace á bordo, nos

considerábamos en aquellos momentos como trasportados en medio de nuestros campos. El camino, á medida que avanzábamos, se hacia mas practicable y el pais mas ameno; al cabo de una hora comenzó á estrecharse la llanura, y á medio dia llegamos á *Agua García*, unos de los sitios mas pintorescos de todo el camino.

En este sitio cruza la calzada un acueducto de madera sostenido á una veintena de pies, por el cual corre un abundante caudal de agua que abastece el pueblo de Tacoronte, que divisábamos á lo lejos. A la izquierda hay un abrevadero, en cuyo sitio tienen por costumbre los viajeros detenerse á descansar y dar de beber á los caballos. Hicimos en aquel sitio un alto de media hora, el cual empleé en andar siguiendo el curso de las aguas; cuando llegué á la cúspide de la colina, me hallé dando vista á un encantado valle sembrado de habitaciones, á través del cual serpenteaba un acueducto tan sencillo en su construccion que recuerda la infancia del arte y de la civilizacion. Mis deseos hubieran sido recorrer aquellos sitios; pero la escasez del tiempo me estorbaba realizar tan buen propósito. Las casas dispersadas por la llanura y los amenos jardines y alamedas, no me ofrecieron obstáculo para llegar hasta Tacoronte, pueblecito situado á orillas del mar, en una posicion en extremo agradable porque todo es fértil á su alrededor. La llanura está surcada por lechos profundos practicados por las aguas de los arroyos, cuyas orillas están guarnecidas de catus. Recobrados un poco del cansancio del camino, abandonamos á *Agua García* dirigiéndonos á *Matanzas*; en el tránsito encontramos á cada paso aldeanos de tez tostada, y que á no saberlo revelarían ser españoles en su ademan grave y tranquilo; como todos los montañeses eran vigorosos y bien formados; algunos preguntaron á nuestros guias si éramos ingleses, porque viajeros de esta nacion, es lo que en todas partes del mundo están acostumbrados á ver. Al emparejar con nosotros nos saludaban con aire tan respetuoso que nos admiraba: en Tenerife

la distincion de categorías conserva mucho prestigio; el orgullo democrático no ha penetrado aun bastante para que el aldeano crea poder sustraerse, rehusando saludar á una persona de clase mas elevada, del yugo de desigualdad que á pesar de todo existe en los países mas democráticos. En estos considero una exageracion funesta la idea que tiende á abolir una costumbre patriarcal, que no tiene nada de humillante y que tiene su lado de útil, pues la muestra de recíproca benevolencia de dos hombres que se encuentran en un camino y se saludan no puede menos de ejercer una feliz influencia en las relaciones de los que las componen; así, pues, no juzgué á los habitantes de Tenerife poco civilizados por estas muestras de deferencia; las jóvenes aldeanas vestidas con sencillez y con todo el aspecto de la salud y belleza pasaban á nuestro lado dando la misma prueba de urbanidad.

No pasó mucho tiempo sin que encontráramos un compatriota que rebotaba de alegría al hallarse entre franceses, y con ocasion de hablar el idioma pátrio: su contento fué tal, que estuvo tentado de abandonar sus asuntos de Santa Cruz por acompañarnos hasta el Orotava. Tenia á su cargo la direccion del jardin botánico, y despues de facilitarnos plantas y semillas, nos despedimos con toda la efusion que inspira el sentimiento de paisanage en tierra extraño.

Al separarnos de nuestro compatriota, atravesamos un precipicio profundo formado por una ancha fractura que parecia producida por las capas de basalto que se elevan de la costa. Estas rocas dominan el camino á una altura de cuarenta pies. Volviendo hácia la izquierda, pudimos contemplar ante nuestros ojos toda la parte occidental de la isla mas nombrada por sus viñedos; el cultivo en aquellos parages es muy esmerado; los dos lados del camino están bordados de sembrados y de viñas. Antes de llegar á Matanza quisieron nuestros guias hacer un alto, pero hallándonos aun demasiado cerca de la ciudad les animamos á que continuaran dándoles algunas de nuestras pro-

visiones. La posada de Matanza se parecia á todas las posadas en general; sus paredes estaban tapizadas de malas estampas que representaban la vida de Genoveva de Brabante. El pueblo se componia de unas cuarenta casas alrededor de una modesta iglesia, sin contar las chozas habitadas por familias pobres.

De Matanza á Vitoria el camino es escabroso y difícil; el país se halla enteramente plantado de viñas: á la derecha á una distancia que varia de una á dos leguas, se divisa la mar; á la izquierda en lontananza elevadísimas montañas. El pueblo de Vitoria se compone de un centenar de casas; en la calle principal se ven una porcion de pequeños monumentos que son otros tantos nichos de santos y vírgenes, objetos de la veneracion del pueblo. La campiña que mirábamos á nuestros pies, estaba poblada de aldeanos de los dos sexos, ocupados en la vendimia; pero á la altura en que nos hallábamos estaban aun distantes de madurar los racimos. Desde aquella elevacion descubrimos el puerto de Orotava, pueblo que posee un mal fondeadero, muy frecuentado sin embargo, de los patrones de barco, que vienen á él para cargar los vinos mas nombrados de la isla. Crecia la estension de la llanura á medida que avanzábamos, y no tardamos en descubrir toda la ciudad de Orotava situada en declive, y en una de las posiciones mas deliciosas que puede imaginarse. A las cuatro llegamos á Orotava, sus calles son anchas, bien empedradas pero molestas á causa de la rapidéz de sus cuestas. Sus casas fabricadas con piedra de lava negra propenden á la arquitectura árabe, y tienen un carácter de originalidad agradable á la vista; sin embargo de que lo mas notable que se observa en esta villa es la rara abundancia de aguas, que esparce una frescura deliciosa. Nos apeamos cerca de la iglesia en una posada que nuestros guias ensalzaron diciendo habia hospedado últimamente á un príncipe francés; no obstante, como es única en el pueblo, no necesitaba esta recomendacion para escogerla como alojamiento. Las dos horas que restaban de dia las empleamos en visitar el pueblo y sus

cercanías: visitamos la iglesia que ofreció poco de particular; en seguida, aceptando la oferta que se nos hizo de acompañarnos al jardín botánico, caminamos cerca de un cuarto de legua por entre un campo delicioso sembrado de casitas de recreo, hasta llegar al sitio designado. Allí nos recibió la señora del director por ausencia de este, y recorrimos el establecimiento, el cual nos pareció bastante descuidado. Debe su creación á un opulento español natural de Canarias, que quiso dotar á su país de todas las producciones de las comarcas tropicales; á pesar de todo, posee bastantes riquezas vegetales.

De vuelta al pueblo, entramos en la posada, donde nos esperaban impacientes nuestros camaradas que habían llegado después para cuidar sus barómetros; en seguida nos pusimos á la mesa y comimos con gran apetito.

Al día siguiente nos levantamos muy animosos; cargamos nuestros instrumentos, provisiones, y hasta el agua en distintos bagajes, y nos hicimos acompañar por un guía especial que conociera las soledades inmediatas al Pico, frecuentadas por reducido número de personas. El tiempo estaba sereno y despejado, como era menester para asegurar el buen éxito de la expedición; con lluvias tan copiosas, como las que caen en la montaña, hubiera sido peligroso y hasta imposible llegar arriba.

A las cinco y media de la mañana, estábamos en marcha provistos de agua y víveres para dos días, sin contar lo que cada uno llevaba para sí. Salimos del pueblo por un camino escabroso y sembrado de piedras que, gracias á nuestros excelentes caballos salvamos prestamente. Empezaba á despuntar el día; pero á aquella hora el silencio que reinaba en el pueblo, la sombría tinta de sus casas, el estilo de su arquitectura, el leve susurro que se percibía de la montaña y el producido al alzarse las olas del mar, daban á todo lo que nos rodeaba un aire de severidad que invitaba al recogimiento, y contra el cual nuestra alegría, naturalmente expansiva, combatía trabajosamente.

Durante tres cuartos de hora, seguimos un sendero estrecho que, abordaba precipicios cubiertos de resbaladiza lava. A nuestra izquierda divisábamos cabañas rodeadas de higueras, catus y enredaderas, y á la derecha dilatados viñedos formando albitanas como en Provenza y en todo terreno escarpado. Llegamos en seguida á un frondoso valle cubierto de castaños enormes cercados de paredes fabricadas de basalto. Despues de este valle, descubrimos algunos campos sembrados de maiz, y mas allá terrenos completamente estériles; á poco habíamos entrado en lo que se llama la region de las nubes, porque siempre velaban algunos celages el paisaje que teníamos á los pies, ofreciéndonos cuando interceptaban la vista del mar y les venia los rayos del sol, apariciones verdaderamente fantásticas. Todavía en aquel terreno ya de escasa vegetacion, veíamos esparcidos algunos pinos de poca elevacion, matorrales de brezo y tomillo á cuyo derredor se veian revolotear algunas mariposas y pajarillos, aunque en escaso número; en cambio abundaba en caza de liebres y conejos; pero desgraciadamente no teníamos ni tiempo ni medios de entretenernos en esta diversion. Un poco mas arriba se despejó la atmósfera; pero la vegetacion disminuia de intensidad; hicimos una pausa para que descansaran nuestras cabalgaduras, y en este momento el sol dispó las nieblas y pudimos considerar bien á gusto el camino que acabábamos de recorrer; dejábamos á la espalda toda la serie de eminencias que separa á Orotava de Laguna; y á nuestro frente la entrada de *Gargantas* y el Pico que se destaca magestuosamente de su base, y que parece va á perderse en las nubes. Varios aldeanos que bajaban de un pueblecito situado á la izquierda de *Gargantas*, el mas elevado de toda la isla, nos vendieron algunos higos y otras frutas que, en medio de la naturaleza estéril que nos rodeaba, parecieron deliciosas; otros llevaban á vender á Orotava haces de leña. Todas aquellas gentes acostumbradas á considerar á cada paso viageros que se dirigian á escalar el Pico no paraban mientes en nos-

otros, y menos en el objeto que nos conducia, sin embargo de que no por eso se mostraban menos orgullosos, como todos los habitantes de las montañas, de las maravillas que poseian en su pais. Al separarse de nosotros, nos pronosticaban buen tiempo; pero prevenian tambien que nos resguardásemos del frio.

El camino cada vez se mostraba menos practicable; en los declives de las montañas que teniamos á la izquierda, descubriamos algunos conos truncados, indicios palpables de antiguos cráteres, cuyas erupciones habian producido las corrientes que tapizaban las paredes de los precipicios. Muchas veces nos deteníamos á considerar la gran masa de nubes producida por los condensados vapores de los bosques, los cuales nos ocultaban el Océano; estos se ofrecian á nuestra mirada unas veces como espinosos haces que asemejaban peñascos de nieve, otras en forma de graderia y siempre como un cielo jaspeado, por lo que parecia que teniamos el firmamento no en el cénit, sino bajo nuestras plantas. Este espectáculo nuevo para mi, que no habia ascendido á tan elevadas montañas, me encantaba, y nunca me parecia haberlo considerado bastante.

Antes de entrar en las *Gargantas*, dejamos á la izquierda la gruta del Pino, notable por que su concavidad resguarda el único pino que crece en aquella altura; en seguida entramos en las *Gargantas*, estensas llanuras completamente estériles y desiertas, cubiertas de fragmentos piedra pomez y de obsidias que refractan los rayos del sol y producen un calor tan intenso que seria irresistible sino neutralizára su accion un viento Norte, frio ya á aquella altura de milcuatrocientas toesas; el aire en aquellas regiones es de una sequedad fatigosa.

Aquellos valles contenidos entre montañas enormes, de donde toman el nombre de *Gargantas*, son otros tantos lechos de antiguos cráteres; en ellos se estingue casi enteramente la vegetacion; el *spartium supra nubium*, es la única planta que sobrevive, y eso de trecho en trecho; aqui ya se hace el tránsito triste y monotono. Grandes peñascos de basalto y feldspato

interrumpen totalmente la uniformidad de la llanura; algunos son tan considerables que escede su diámetro de veinte pies; su posicion en medio de aquellos campos de obsidianas, no puede ser originada sino por la esplosion de antiguos volcanes.

Antes de entrar en las Gargantas pasamos muy cerca de un cráter que parecia haber estado en actividad en una época muy cercana; nuestros caballos resbalaban á cada paso; uno de ellos dió un tropezon que hizo rodar al que le montaba, accidente que no tuvo otro resultado lamentable que la rotura de un barómetro; así, pues, redoblamos nuestras precauciones, tardando por este motivo una hora en franquear este paso. Desde el centro de las Gargantas descubrimos el inmenso basamento del Pico, de cuyos lados sobresalian enormes peñascos de basalto, superpuestos de modo que nos trajo á la memoria los trabajos de los Titanes. Estas enormes masas, suspendidas sobre nuestras cabezas, nos ocultaron muchas veces el cono, á cuyo pie llegamos á las tres y media; asaltámosle con decision por una senda muy escarpada, obstruida de obsidianas amarillentas y de piedras pomez, que cediendo bajo los pies de nuestros caballos, hacian dificil la ascension, no obstante que giraba alrededor de la posicion.

Al cabo de tres cuartos de hora de marcha muy penosa llegamos al plano de la *Estancia de los ingleses*, término de nuestra jornada; en aquel sitio hay aglomeradas grandes masas de basalto que forman un abrigo natural: el *spartium supra nubium* se encuentra en sobrada abundancia para alimentar el indispensable fuego que hay que encender. Al punto tomamos posesion de uno de estos abrigos; el viento Norte que soplaba, á punto de sentirse mucho frio, nos prometia un descenso considerable de temperatura. Nos hallábamos en un verdadero desierto, aislados del mundo entero y á mil seiscientas toesas de alevacion; las nubes que dejábamos ya bajo de nosotros, antes de entrar en las Gargantas, nos ocultaban una gran parte de la isla; de tiempo en tiempo nos dejaban ver algunas cúspides







Aprovechamos lo que faltaba de día para subir hasta Alta-Vista.

fuera del recinto de crestas volcánicas que rodean el gran cráter que acabábamos de atravesar.

Ansiosos de reconocer aquellos sitios, aprovechamos las dos horas de día que restaban para subir por la montaña hasta *Alta-vista*. Una media hora empleamos en llegar hasta la planicie, situada en la cúspide de una eminencia de obsidianas que nos separaba de la senda en que estaban los peñascos de basalto suspendidos sobre nuestras cabezas. Como la estación de *Alta-vista* se halla mas próxima al Pico, acontece que los viajeros la escogen alguna vez para pasar la noche, pero este sitio es menos abrigado que el de *Estancia*, y es menester llevar consigo mucha leña si ha de hacerse lumbre. No intentamos pasar mucho mas adelante por temor de perder el camino si se nos hacia de noche; pero sin embargo, llegamos hasta descubrir el Pico, cuyo vértice nos parecia tocar con la mano, á pesar de estar aun muy distante.

La bajada nos costó mucho mas trabajo que la subida, pero regresamos con felicidad despues de haber recogido muestras de las rocas mas notables que encontramos; entre ellas habia tracitas, basaltos y lavas de diferentes edades, mas ó menos alteradas por el aire, el fuego, las lluvias, y que ofrecian diferentes estados de cristalización. Cuando llegamos á las siete á la *Estancia*, nos aguardaba una buena comida y una vivísima hoguera; la juguetona llama esparcia una claridad que animaba todo cuanto nos rodeaba.

Al amparo de las rocas, abrigados con nuestros capotones y engranando como mejor se podia nuestros huesos con los duros cantos del suelo, tratamos de dormir haciendo de cabeza nuestras maletas, pero fué diligencia vana, el ruido de los caballos, el del hombre encargado de atizar la lumbre y el que hacian nuestros guias conversando entre sí al amor de otra hoguera que ardía á corta distancia de la nuestra, nos tuvieron constantemente desvelados. Tambien teniamos que luchar con otra especie de enemigos. Las pulgas, naturalizadas se conoce

que de mucho tiempo en esta Estacion, y á la cual no habrian venido por sí, se despertaron al dulce calor de nuestra lumbre y comenzaron á hacernos una guerra á muerte. En vano quise oponer una resignacion estoica á sus picaduras, pues era mayor que esta la molestia que me producian teniéndome despierto. Por fin, á media noche, viendo que no podia conciliar el sueño, decidí salir á tomar el aire fuera de nuestro recinto; pero apenas me habia separado de la lumbre tuve ocasion de conocer cuanto habia disminuido la temperatura; miré el termómetro que á las ocho tenia catorce grados y que habia descendido hasta ocho; sin embargo, con dificultad podria haber noche mas bella. El cielo, de una pureza extraordinaria, estaba sembrado de innumerables estrellas que esparcian tal claridad en la atmósfera, que podia creerse al pronto que aun alumbraba la luna traspuesta ya de aquel horizonte. Las montañas, que me robaban una gran parte del cielo, se destacaban con tintas oscuras bastante pronunciadas para que se marcasen claramente sus contornos. A algunos pasos de nuestro campo reinaba el silencio mas profundo; facilmente me podia hacer ilusion de estar aislado en aquella soledad y entregarme á mi gusto al recogimiento y meditacion que inspiraba. Una multitud de reflexiones asaltaron mi mente en aquellos instantes; pensaba en mi pais, en mi familia, en mis amigos y en las eventualidades dichasas ó menguadas de un viage que se estrenaba con aquella interesante ascension que tan gratas emociones me causaba. De estos sueños salia lleno de confianza para el porvenir; admiraba en la naturaleza una de sus mas grandes maravillas, el deseo de estudiarla me habia conducido hasta alli, y aunque para satisfacer cumplidamente este propósito me faltaba estar iniciado en las ciencias, me compensaba en cierto modo la influencia que ejercia en mi espíritu tornándole al pasado y anticipándole al porvenir.

Despues de una media hora de paseo, regresé á nuestro campo escitado por el frio, y hallé á mis camaradas procuran-

do buscar en la inmovilidad el descanso que les negaba el sueño; tomé asiento al rededor del fuego, y mientras llegaba el día me entretuve en comenzar algunas cartas para mi familia y amigos. De este modo pasé hasta las tres, hora en que mis expedicionarios se incorporaron para acercarse mas á la lumbre á causa de lo intenso que se iba haciendo el frio; entonces nos pusimos á discurrir acerca de la mala noche, conviniendo en que seria forzar el sentido de las palabras llamar á aquello descanso. El termómetro habia bajado á cinco grados. Conviniémos no partir antes de las cuatro y media, con objeto de no pasar antes de amanecer por *Alta Vista*, donde el camino es impracticable por la noche. Cuando llegó aquella hora nos pusimos en camino, llevando por delante un guia y dos caballerias que porteaban los instrumentos, los víveres y una soberbia empanada que destinábamos á comer solemnemente en la cuspide del cráter. Azotábanos el rostro una brisa norte glacial, que era mas sensible que una helada intensa; el aire era de una sequedad tan extraordinaria que se me habian abierto los labios y sentia dolor de oidos; por espacio de media hora tuve que caminar á pie, á pesar del mal terreno, para entrar en calor con el ejercicio. Apenas era de dia cuando llegamos á *Alta-Vista*, no deteniéndonos en este sitio mas que el tiempo necesario para cobrar ánimo. Al cabo de media hora llegamos á la *Cueva de las Nieves*, especie de gruta en que todo el año se mantiene el agua congelada y adonde vienen á buscar hielo de Orotava.

En este punto presenciarnos uno de los espectáculos mas magníficos á que se puede asistir en los países montañosos, que es la salida del sol. De entre los vapores que cubrian el Océano, salia entonces radiante, y al parecer agrandado y aplinado mas allá de toda idea, á causa de la refraccion. Los efectos de radiacion le prestaban algo de fantástico; dificilmente podria representarlo el pincel quanto mas describirlo la pluma; yo solo me limitaré á señalar este fenómeno á los curiosos observadores como digno de empeñarlos en ascender á montañas

elevadas. El termómetro señalaba 5° 8 y el barómetro habia bajado á 0.<sup>m</sup> 4994.

A poco divisamos el cono llamado *Pilon*, sin duda á causa de su semejanza con los formados de azúcar, el cual se elevaba magestuosamente del centro del plano culminante de la montaña. Mas de una hora empleamos en montar la especie de pedestal en que se asienta; gracias á la estacion no tenia nieve el sendero; cuando está cubierto de ella es preciso redoblar la prudencia; pero, sin embargo, no puede decirse nunca que ofrece peligros de entidad. Un poco antes de llegar á la planicie de donde parte el Pilon, recogimos al pasar musgo del que tapizan ciertas grietas que despiden vapores acuosos muy cálidos. Detuvimos algunos momentos antes de emprender nuestra última ascension, midiendo primero con la vista las dificultades.

Por fin nos pusimos en marcha; la base y los costados del cono están cubiertos de obsidias movilizadas, en las cuales nos hundiamos hasta media pierna, cediendo de tal modo, que apenas avanzábamos un paso cada tres. Casi continuamente nos era menester detenernos para tomar aliento, experimentando opresiones mas ó menos penosas ocasionadas por la gran rarefaccion del aire; esta opresion produjo á algunos el efecto de sangrar por la nariz. Ultimamente, del mejor modo que pudimos llegamos arriba, y abordamos el cráter, cuyas paredes unidas y ligeramente inclinadas se elevan á alturas desiguales; sus contornos despedian en abundancia de cuando en cuando vapores sulfurosos; el fondo del cráter parecia apagado enteramente. Dimos vuelta á aquella ancha boca apoyándonos en los picos de basalto de las paredes del cráter blanqueados por el humo, y que esparcidos muy irregularmente permiten acceso solamente por el lado que nosotros le habiamos abordado. Probablemente su destino será encenderse un dia para dar curso á alguna otra erupcion que produzca un nuevo cono.

Los bordes de las concavidades que exhalan vapores están